

Antes que nada deseo agradecer al Centro Cultural Rougés, a su Comisión Directiva y a su Directora: Prof. Elena Perilli de Colombres Garmendia, la amabilidad y el honor de haberme elegido para presentar la nueva edición del libro de Diego F. Pró sobre el filósofo, educador, industrial y pensador de la realidad argentina: Dr. Alberto Rougés (1880-1945). En un primer momento, sentí auténtico agrado por el completo trabajo de investigación de Pró, que tenía entre manos; en un momento ulterior, a ese agrado fue añadiéndose una gran admiración por la persona estudiada en este volumen, pues descubrí que Rougés era no sólo un intelectual notable, sino sobre todo un maestro del espíritu, de la misma envergadura que sus coetáneos el P. Sertillanges, André Maurois, Henri Bergson, Gabriel Marcel, etc. Más adelante, me detendré en esta idea de "maestro del espíritu", que para mí, constituye el ápice de una existencia dedicada a la perfección del alma.

Me detengo un momento en la persona del Prof. Pró. No tuve la dicha de conocerlo, pues cuando ingresé a la Facultad de Filosofía él había ya emigrado hacia otro destino, en razón de los cíclicos terremotos políticos que agobian a la universidad argentina. Alguna vez, años más tarde, lo vi de lejos en un Congreso Nacional de Filosofía, mas no tuve el valor de acercarme. Pero conocí a un discípulo suyo, el Prof. Roberto Rojo, que se hizo cargo de una de las cátedras de Pró, la de Lógica. Rojo, todavía en el año 1958, utilizaba el mismo programa que, en 1955, desarrollaba Pró ante sus alumnos. Con el paso del tiempo, y dedicado yo por entero al estudio de la Epistemología, una de cuyas disciplinas básicas es la Lógica, valoré con bastante objetividad, según creo, la sorprendente tarea que Diego F. Pró había cumplido en la Facultad de Filosofía y Letras. Por lo pronto, él introdujo, por primera vez en Tucumán, el estudio de la lógica matemática, sin abandonar por ello la lógica aristotélico-escolástica; en realidad, aquélla no es sino un desarrollo más completo y formalizado de esta última. Pró introdujo también el interés por la lógica fenomenológica, que no tuvo éxito posterior en el mundo académico, debido a que sus puntos de vista y sus desarrollos tienen mucho más que ver con una filosofía integral del conocimiento y no con las tautologías y los algoritmos de los que se ocupa la lógica matemática. Como consecuencia de esto, empezó a dictarse, en la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, la asignatura "Fundamentos de matemática", cuestión que ha sido probablemente la ocupación fundamental de los geómetras y de los especialistas en la teoría de conjuntos, durante los setenta años que transcurrieron entre 1880 y 1950. En resumen, Diego F. Pró fue el pionero de los estudios sobre el pensamiento y los lenguajes formales en Tucumán, lo cual es un mérito que no puede dejarse de lado.

Al mismo tiempo, abrió en la Facultad de Filosofía y Letras un nuevo "programa de investigación", no exactamente en el sentido en que Imre Lakatos utiliza esta

expresión, sino en el sentido de una inédita ocupación y preocupación intelectuales: me refiero a la tarea de generar, primero, la lectura de filósofos argentinos e hispanoamericanos y, segundo, el desarrollo sistemático del pensamiento de algunos de estos filósofos. El libro sobre Rougés, que hoy nos convoca, lo escribió en gran parte aquí en Tucumán y es probablemente el inicio de una tradición que subsiste en la actualidad, gracias al impulso que le diera, en la década del setenta, la Prof. Lucía Piossek Prebisch y su Instituto de investigaciones de historia y pensamiento argentinos. En la Universidad Nacional de Cuyo, Pró continuó con esta tarea de modo más sistemático en el Instituto de Filosofía Argentina y Americana.

Pero hay un tercer mérito indiscutible de Diego F. Pró -y también de su colega Juan Adolfo Vázquez- en su paso por la Universidad de Tucumán: la apertura del interés filosófico al mundo anglosajón, que se cristalizó, también en Tucumán, por su traducción del célebre libro de Sir David Ross sobre Aristóteles. Hasta ese momento, e inclusive hasta mediados de la década de 1960, los autores estudiados en la carrera de Filosofía eran casi exclusivamente de origen francés y alemán; ocasionalmente, algún español como Ortega, o algún italiano como Benedetto Croce. Pero Diego F. Pró advirtió con claridad que las mejores traducciones y los mejores comentarios del pensamiento filosófico y literario de la tradición clásica greco-latina se editaban en Gran Bretaña, gracias a la explícita política de investigaciones de la universidad de Oxford. Hoy en día, los autores ingleses, estadounidenses y canadienses son también leídos en nuestra universidad de Tucumán. Gracias a esta nueva iniciativa, yo tuve la fortuna de encontrar mis filósofos favoritos: Bertrand Russell (sobre quien escribí mi tesis doctoral), William James, que no era desconocido por Rougés, y Karl Popper, austríaco de nacimiento pero que trabajó la mayor parte de su vida en Gran Bretaña y en Nueva Zelanda. En síntesis, la introducción de los estudios en lógica simbólica y en metamatemática; la generación de investigaciones sobre pensadores argentinos y latinoamericanos; y, finalmente, la apertura al pensamiento angloamericano son méritos que estrictamente corresponden a Diego F. Pró y que, lamentablemente, no han sido reconocidos en forma pública por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT.

Ocupémonos, ahora, de Alberto Rougés, el filósofo tucumano a quien Pró dedicó este excelente libro que es, en parte, la biografía de Rougés y, en parte, la exposición de su metafísica, de su teoría de la educación, de su filosofía social y jurídica, de su visión de los problemas del noroeste argentino, de sus ideas sobre el arte y de la continuación, en nuestro país, de una célebre tradición de la racionalidad occidental: el neoplatonismo cristiano, mejor aún, el agustinismo.

Con relación a todo esto, me parece que el conjunto de las ideas de Rougés pueden organizarse sobre la base de dos polos filosóficos, del mismo modo cómo se

organiza la metafísica de Aristóteles; recuérdense los pares aristotélicos ente-ser, sustancia-accidente, acto-potencia, causa-azar, etc. Estos polos casi nunca se han dado en estado puro en la historia de la filosofía, sino que más bien han sido como los límites de un péndulo; los autores verdaderamente importantes e interesantes son los que han pensado e investigado en la trayectoria que describe el péndulo, no en los límites de su curva. En efecto: en el dominio de la Filosofía de la naturaleza, Rougés encuentra dos nociones límites y contrarias entre sí: la de sustancia y la de fenómeno, es decir, simplificando hasta el extremo, las posiciones adoptadas por Parménides y Heráclito; pero a Rougés le interesaron fundamentalmente las filosofías intermedias, las de Platón y Aristóteles, por ejemplo. En Metafísica, los dos polos son las nociones de tiempo y de eternidad; las cosmovisiones intermedias fueron su gran preocupación, en especial la de san Agustín y la de Bergson. El gran libro de Rougés, publicado en vida, se llama justamente *Las jerarquías del ser y la eternidad*, editado por primera vez en 1943. Y en *Filosofía práctica* (moral, política, educación, jurisprudencia, teorías del Estado, etc.), los polos del péndulo son las nociones de virtud y de placer, que Rougés conjugó de manera espléndida en la idea de que el hombre virtuoso es el que prefiere los placeres del espíritu, no los de la sensualidad. Todo esto, que acabo de simplificar, sobre las nociones reguladoras de la filosofía en Rougés, se infiere con claridad de las páginas de Diego F. Pró.

En Alberto Rougés hay facetas que concitan la admiración. Mencionaré las que me parecen más importantes. En primer lugar, fue un autodidacta filosófico inteligente, tan inteligente que me resulta difícil encontrar en los egresados de la carrera de Filosofía alguien que haya comprendido tan bien la esencia del filosofar; posiblemente, Víctor Massuh y María Eugenia Valentié han logrado alcanzar el nivel del autor de *Jerarquías del ser y la eternidad*. Es una opinión personal, pero puedo justificarla si se da la ocasión. En efecto, Rougés no siguió la carrera de Filosofía sino la de Derecho; creo que en ese tiempo, fines del XIX -principios del XX- ninguna universidad argentina dictaba como tal la licenciatura en Filosofía. No obstante, en su temprana tesis doctoral de 1905: *La lógica de la acción y su aplicación al derecho*, hay explícitos párrafos filosóficos. Después de una muy breve incursión por la profesión de abogado, se entregó a cultivar apasionadamente la filosofía, hasta lograr una concepción coherente, sólidamente organizada y vivida en la profundidad del amor a la sabiduría. Este autodidactismo apasionado de Rougés no escapó a la perspicacia de Pró, quien escribió al respecto lo siguiente: "Es admirable realmente que Rougés se orientara en el clima cultural de su época y alcanzara una formación filosófica prácticamente solo, a través de lecturas, sobre todo del pensamiento francés de su tiempo, en un medio donde la única biblioteca de filosofía era la suya, por cierto muy rica y al día" (p. 62).

En segundo lugar, en un momento en que no llegaban revistas filosóficas ni científicas en forma regular a nuestro país, y donde ni remotamente existía eso que con posterioridad a su muerte se llamaría "Internet" (los primeros trabajos de Alan Turing sobre la inteligencia artificial datan de 1945 en adelante), Rougés vio la importancia excepcional de autores y científicos que hoy son clásicos en el estricto significado de la palabra; me refiero a Boutroux, Lachelier, Poincaré, Bergson, Duhem, Meyerson, Ernst Mach, Gastón Bachelard, Louis de Broglie, etc. Todavía hoy, en mis cursos de posgrado y en mis investigaciones, estos autores, además de esos formidables ingleses como Whitehead, Eddington y Bertrand Russell, no sólo ocupan el centro de mis clases, sino también la insistente sugerencia a mis alumnos para que los lean, los frecuenten. ¿Cómo logró Rougés conocer y admirar a estos autores justo en el momento en que sus trabajos sólo se conocían en Europa y EEUU, es decir, antes que empezara su difusión en España por obra de Ortega y Gasset y su Revista de Occidente? La única explicación es que Rougés tenía una formidable intuición para detectar la excelencia intelectual.

En tercer lugar, mi admiración por Rougés crece cuando constato, en las páginas de Diego F. Pró, una estrecha relación entre su vida filosófica y su vida personal, es decir, esa relación que constituye la autenticidad. Eso es lo yo llamo un "maestro del espíritu". Hoy hay incontables trabajos sobre cómo estudiar, cómo cultivar la memoria, cómo aprovechar las redes electrónicas, cómo distribuir el tiempo, cómo encarar la experiencia del amor, etc., trabajos todos que están escritos por psicólogos y pedagogos en cuya espalda no hay una obra científica, filosófica o artística que se destaque y justifique su enseñanza. Pero, si uno lee el libro La vida intelectual de Sertillanges o El arte de vivir de André Maurois, se da cuenta que sus recomendaciones y normas están avaladas por una previa labor exigente y rigurosa, traducida en investigaciones de las que ya no se puede prescindir. Pues bien, en Rougés sucede exactamente lo mismo. Cuando él habla de filosofía o de educación o de la primacía de lo espiritual en nuestras vidas o de la función central de la familia en la sociedad, sin dudas él lo hace con autoridad; justo la autoridad que le confería el haber reflexionado una y otra vez en estas cuestiones y en haber publicado ensayos y artículos sobre las mismas. No exagero en absoluto cuando afirmo que es más importante leer la biografía y las obras de Rougés, para la formación filosófica del joven estudiante, que atosigarse con la superficial literatura existencial que nos ofrecen los sospechosos gurúes de nuestro tiempo. Tal literatura existencial, ciertamente muy ordinaria, es la que propone hacer fácil lo que en sí es difícil, realizar sin esfuerzo lo que es intrínsecamente exigente, banalizar la filosofía y la ciencia que siempre requieren la más severa actitud crítica. Rougés nunca cedió en nada a la

tentación del facilismo, de la comodidad y de lo superficial. En este ascetismo personal y en esta gigantomaquia de la labor filosófica consiste la presencia del maestro del espíritu, es decir, del que sabe guiar y exigir al mismo tiempo.

Quisiera terminar esta exposición con la lectura de dos breves textos de Rougés, el primero sobre la universidad argentina y, en especial sobre la de Tucumán, y el segundo sobre la tarea cultural. En una carta a Carlos Cossio, del 8 de febrero de 1934, Rougés afirma lo siguiente: "Entre nosotros, la educación [superior] ha estado subordinada a muchas cosas secundarias. Ha sido botín de los partidos políticos vencedores, dádiva en las combinaciones electorales, ayuda en situaciones privadas lamentables, instrumento de predominio personal y de venganza". Ruego a mis amigos aquí presentes que recuerden las elecciones universitarias posteriores a la restauración democrática de 1983. Las denuncias de Rougés ¿no son aplicables *pari passu* a tales elecciones? ¿No están mostrando una falla estructural de las universidades argentinas, que casi nadie se atreve a modificar y que ha llevado a la universidad de Tucumán a ocupar el puesto 1992 de las universidades del mundo, en una encuesta razonablemente creíble?

En una carta a Julio V. González del 8 de marzo de 1932, Rougés escribe lo siguiente: "La cultura no es proteísmo, fiebre de transformaciones incesantes, de creaciones efímeras, como acontece en la vida económica y política de las sociedades. El que bebe de esta agua (política y economía) tiene pronto nuevamente sed. En cambio, el que bebe de la cultura, del agua del espíritu, apaga su sed, diremos parafraseando profundas sentencias del evangelio". Pues bien, esta reflexión de Rougés se aplica perfectamente a lo que se hace en esta casa, en este Centro Cultural. Expreso, pues, con palabras ajenas, mi admiración por la opción espiritual que en estos salones, bibliotecas y oficinas se lleva a cabo. Muchas gracias a todos.